

La cinta figura entre las obras clave del celuloide local

La película puerto

El programa "100 Años de Cine Chileno", con el que se inaugura el martes la Cineteca del Centro Cultural Palacio la Moneda, exhibirá el día 17 Valparaíso, Mi Amor (1969), en una copia restaurada. La cinta de Aldo Francia tuvo como extra al crítico Héctor Soto, que recuerda hoy su participación en el filme.

POR HECTOR SOTO

No recuerdo la fecha exacta, pero debe haber sido en el otoño de 1968 cuando, en una mañana soleada, partió en las oficinas del desaparecido diario La Unión el rodaje de la película de Aldo Francia Valparaíso, Mi Amor. Nunca entendí mucho por qué su realizador quiso comenzarla ahí, pero me gusta creer que fue un guiño de complicidad a Hvalimir Balic y a mí, que por entonces estábamos dando nuestros primeros pasos en la crítica de cine. El inicio de la filmación no fue lo que hoy llamaríamos un evento. Pero para nosotros, que rondábamos por los 20 años, fue mucho más: fue un acontecimiento.

Primero, porque era raro que en ese tiempo se filmasen películas en Chile, y más raro todavía, en Valparaíso. Y, bueno, también porque yo tenía que actuar de extra llevando desde una oficina a la crónica del diario -en calidad de pinche periodístico, supongo- una fotografía para la página policial, foto que yo periodista, Orlando Walter Muñoz

militancia disciplinada, que seguía las proyecciones con el recogimiento propio de una misa. Después venían los debates donde Aldo desmenuaba las películas con la precisión de un médico legista y se entregaba a la caza de símbolos.

Aldo era un gran personaje. Grande en su entusiasmo, grande en su acento italiano y en el uso del adverbio, grande en las sílabas que se comía por hablar tan rápido y en su capacidad para movilizar gente de lo más diversa. Para sacarla de su modorra, meterla a una sala de cine y complicarle la vida con dilemas expresivos que la mayoría de los espectadores, de entonces y ahora, pasan por alto.

La vida de los pobres

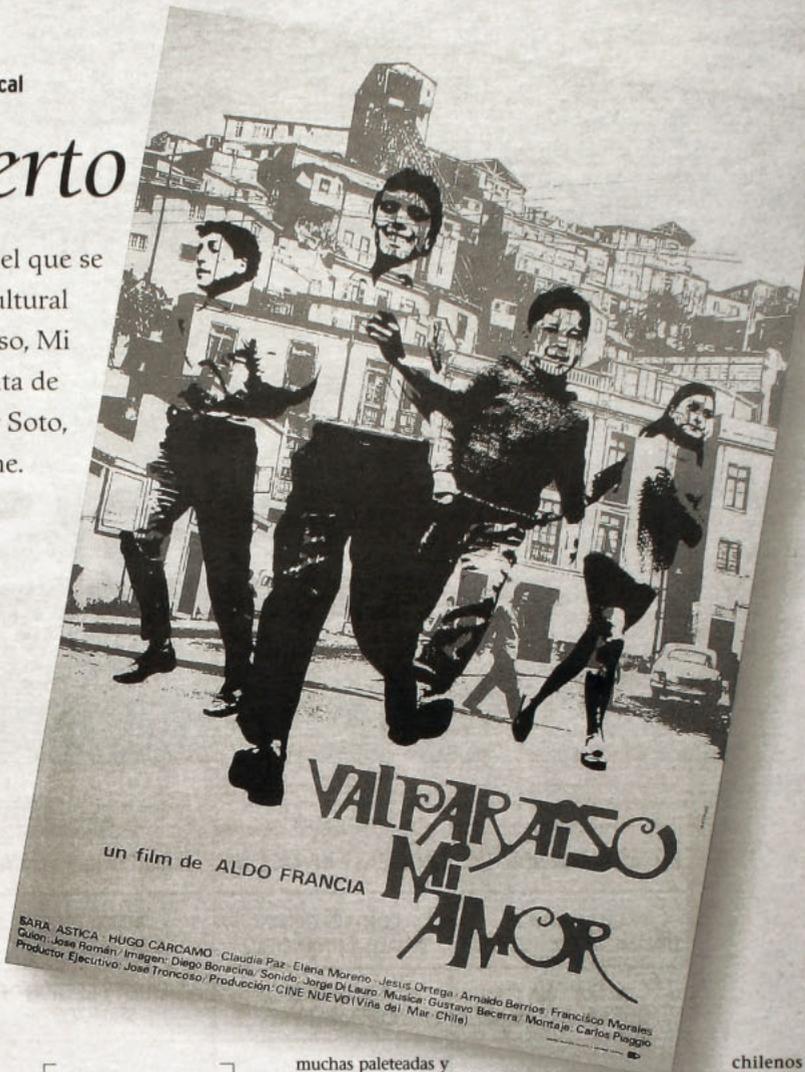
Valparaíso, Mi Amor -la historia de una familia pobre que se desintegra cuando el padre (gran actuación de Hugo Cárcamo) va a parar a la cárcel y los hijos terminan en la calle, en la pequeña delincuencia urbana y en la prostitución- es una cinta tremendamente inspirada en la cual Aldo volcó su fascinación y cariño tanto por Valparaíso como

Si hoy filmar cualquier película en Chile es un desafío descomunal, el rodaje de Valparaíso, Mi Amor fue simplemente una epopeya. La película debe haberse hecho con muy poco. Con poco dinero, muchas paletadas y una convicción titánica.

(cronista deslenguado, crítico de cine incisivo y director teatral) tenía que arrebatarle para el solo efecto de subestimarla y decir que era la misma lesera de siempre. Gran escena. Al menos así la sentía yo. Tengo grabado en la memoria que Aldo hizo acercar a la cámara una fotografía ampliada de Sin Aliento, la película de Godard, que Hvalimir y yo teníamos pegada en la pared de nuestro lugar de trabajo. Era un homenaje de pasada del director a uno de los mentores de la Nueva Ola francesa, que en ese tiempo nos dejaba en estado de trance.

Aldo Francia, pediatra excepcional y sensato ("los niños lloran porque tienen hambre, porque tienen frío, porque tienen calor, porque los pica una pulga y, sólo en último lugar, porque están enfermos", repetía para descomprimir la pediatría), era también un cinéfilo redomado y excepcional hasta la insensatez. Tenía la energía de un brazo de mar y en los años en que estubo al frente al Cine Club de Viña mi impresión es que en la zona no se hablaba de otra cosa que de cine. De otra cosa que valiera la pena, al menos. Organizaba unos ciclos de difusión -recuerdo el dedicado a Elia Kazan, otro sobre Bergman, uno de la comedia bufa norteamericana- que congregaban a un público ávido, de

por sus gentes. La cinta está estructurada en capítulos -tal como una novela-, cada uno de los cuales da cuenta de la evolución de los personajes (la niña, El Chirigua, los otros hermanos) y entrega un barrido entre melancólico de la vida porteña e indignado de la pobreza de la ciudad. Viéndola, no cabe la menor duda de la deuda gigantesca que Aldo tenía con el neorealismo italiano, cuyos hitos, rumbos y desarrollos conocía al revés y al derecho,



HECTOR SOTO

no sólo por la sangre italiana que corría en sus venas, no sólo por su irrestricta admiración a De Sica, Zavattini, Rossellini y Visconti, sino también porque, como los neorealistas, entendía el cine en íntima comunión con la realidad social.

Si hoy filmar cualquier película en Chile es un desafío descomunal, el rodaje de Valparaíso, Mi Amor fue pura y simplemente una epopeya. La película debe haberse hecho con muy poco. Con poco dinero,

muchas paletadas y una convicción titánica. No había Fondart, no había subsidios ni ley de donaciones culturales. La dirección de fotografía y cámara, generalmente al hombro, estuvo a cargo del argentino Diego Bonaccina, un joven fortachón, rebelde y rupturista que el año '73 tuvo que salir apurado de Chile. El guión era del propio Aldo y José Román -gran crítico de cine- y como director de producción se desempeñó José Troncoso, cuyos desafíos y conquistas eran históricas. El equilibrio y el control lo ponían el abogado Guillermo Aguayo, como gerente de la producción, y su mujer, Luisa Ferrari, abogado y periodista.

Cuando se estrenó Valparaíso, Mi Amor el Puerto se encontró con un himno: el vals La Joya del Pacífico, de Víctor Acosta, que Jorge Farías grabó antes que Lucho Barrios, y

chilenos de ahora y de ayer que han debido desgastarse tratando de separar aguas entre lo que es filmar una película y lo que es oficiar de agencia de turismo.

En su momento, probablemente, no generó entre los críticos el furor minoritario que provocó Tres Tristes Tigres, de Raúl Ruiz, ni alcanzó la repercusión pública que tuvo El Chacal de Nahueltoro, de Miguel Littin. No estaba tan amparada por pretensiones autorales, seguramente, y era más ecléctica en términos políticos y expresivos. Pero sospecho que el tiempo no debe haberla perjudicado mucho. La cinta tiene momentos gloriosos (Sara Astica, la madre, con el niño enfermo en una posta de Valparaíso; el funeral del niño en un cementerio desde el cual se divisa el mar; la actuación de

Parte del público desalineado políticamente, sobre todo porteño, se sintió herido. ¿Por qué Aldo Francia insistía tanto en la pobreza, siendo que Valparaíso tiene lugares tan lindos y pintorescos?

que la cinta rescató para su poética. En los nueve días que la proyectaron en la sala de estreno en Valparaíso la vieron 15 mil espectadores. Después recorrió el país y el debate que siguió fue previsible. Para la izquierda más dura, fue una película blanda. Y parte del público desalineado políticamente, sobre todo porteño, se sintió herido. ¿Por qué Aldo insistía tanto en la pobreza, siendo que Valparaíso tiene lugares tan lindos y pintorescos? ¿Por qué llevar al exterior la imagen de una ciudad con tantas llagas, cuando podían mostrarse lugares menos lastimados e historias más edificantes? Respondiendo estas preguntas necias, son muchos los cineastas

los menores; el hundimiento final en el Yako, un tugurio subterráneo del Puerto que era legendario) y un final un tanto abierto que deja espacio suficiente para entender cómo el entorno se tragó literalmente a esa familia, en un desenlace que es triste y hasta trágico, pero que la cinta asume con algún grado de esperanza y de candor.

Tres años después, en 1972, Aldo estrenaría su segundo largometraje, Ya No Basta con Rezar, ahora en colores y con una propuesta política mucho más alineada y, por lo mismo, menos espontánea. Mi impresión, sin embargo, es que la película no superó las marcas inolvidables de Valparaíso, Mi Amor.

